

Angel Cruchaga Santa María

Algunos poetas chilenos

ROSAMEL DEL VALLE

Rosamel del Valle después de ofrecernos su «País Blanco y Negro» de extraños y perseverantes matices guardaba su corazón en la casa del sortilegio, pero sabíamos que el poeta era el labrador de su huerto estelar y de vez en cuando, en alguna revista del país o extranjera, aparecían poemas suyos de raro y prolongado prestigio.

Ahora, a fines de este año, del Valle irrumpe con su obra «Poesía», en la que reúne un centenar de poemas inéditos que son la totalidad de cuatro libros conservados hasta hoy en el pecho del lírico como en un arenado surco.

Rosamel del Valle se sumerge en su mar y alienta en él como en su propio aire; se mueve en un soplo sin soliviantar su sistema espiritual, nos parece que las palabras que usa sólo sirven para sostenernos en el clima que crea su ímpetu de vidente. No es la poesía fácil que arrastra sus vestidos ajados y que se apoya en la

rima auxiliadora o en las imágenes gastadas hasta la máxima desnudez.

La poesía de Rosamel del Valle no es la habitual, la corriente esa que puede ir de boca en boca con agilidad de estribillo escuchado en cualquier rincón de cualquier calle; en ella no encontrará el amante de la música cotidiana y sin relieve lo que buscaría sin esfuerzo en otros poetas de anticuado curso. Los versos de Rosamel del Valle viven como formando una aureola especial sobre el mundo, como cirros, arco iris y crepúsculos de angélica trayectoria; sus versos pueden ceñir una mano como un guante dorado y penetrar en la corteza del árbol y mover los anillos que el mar precipita; es la fantasmagoría que tiende sus redes, es la vara del taumaturgo que acecha el paso de la Tierra para substraer la diafanidad de su nimbo en una rauda persecución de estrellas; a veces sus imágenes andan en el rocío del musgo y en la fiesta plácida de la espuma.

«Poesía» se compone de cuatro libros de Rosamel del Valle: «Estación de los peces», Cuerpo central, «La mano encendida», «El corazón sumergido» y «El hombre devorado».

Para comentar, aunque sea superficialmente, la obra de este poeta, el crítico tiene que actuar en trance de poesía y seguir el vuelo que el lírico realiza en sus poemas, pues sería imposible explicar las imágenes del artista, labor mezquina que empequeñecería a quien intentara efectuarla.

critor se yergue solitario y duro como el ejemplar más auténtico del «hombre devorado» de nuestro tiempo. Es un legítimo hijo de la poesía. En él se transparenta su belleza y su tragedia. Es el artista en holocausto».

Estas palabras de Díaz Casanueva acusan una comprensión cabal del poeta; Rosamel del Valle lleva en sí la llama que arde y crea en su corazón un árbol que agita su fronda la que sabe comunicarse con su vecino, el mundo, bifurcado en todas las cosas que viven en un largo período de magia y de iluminación esperando que el visionario aproxime el extremo de sus alas.

JUVENCIO VALLE

Hace tiempo, al evocar la personalidad de este hombre del sur que traía a Santiago su cuenco de rocío, vislumbré las avellanas silvestres y los rollanos de las selvas australes, donde los duendes juegan y discurren entre hojarascas de cobres y arroyos precipitados,

Los versos de Juvencio Valle tienen una belleza dúctil que salta como una niña sin perder el gracioso impulso de su cuerpo; él conoce las flores, las espigas, los pájaros; se ha hundido en la tarde y se ha robado el oro del sol para ponérselo en el pecho armonioso.

«Tratado del bosque», segundo libro de Juvencio Valle, definió a un gran poeta de encantada sencillez y así pudo circular por toda América honrando nuestra literatura.

Carolina asomaba su rostro deslumbrado, y el artista cantaba:

«Graciosa Carolina, mariposa y espiga,
cuida tú de mi casa con tus manos de trigo;
vístela de tus oros valiosos, campesina,
cuidala con tus manos y alúmbrala, chiquilla.

Tienes dieciocho años claros como un pocillo
y es tan grande esta casa donde yo vivo solo.
Llénala tú, mi niña, con tu canción de pájaro,
encandílala toda con tu miel y tu vino.

Es tan grande esta casa. Ven a vivir conmigo.
Ven a cortar las flores y a poner la vajilla,
y que ría hasta el último aposento olvidado,
cuando llegue tu alegre lámpara campesina.

Coge unas cuantas lunas y suéltalas en la alcoba.
Cuida mi viejo lecho con tus manos de espiga;
pónle olorosas hierbas, échale margaritas
o con tu mismo cuerpo arómalo, Carolina.

Tú que eres luminosa cual la buena semilla,
tú que eres como el campo, graciosa Carolina,
toma estas llaves, tómalas con tus manos de trigo
y dispón en mi casa como una dueña antigua».

El poeta camina por su dominio holgadamente sin que nada interrumpa el murmullo que le sale del costado; es el soberano de la campiña y de ella toma el colorido que enciende sus símiles. Carolina canta y llegará a la casa del poeta a disponer las cosas sencillas que alegran los ojos.

Juvencio Valle publicó su tercera obra en 1937: «El libro primero de Margarita», y en ella su temperamento de magnífico significado encuentra su cumbre transparente. Diáfano, cernido de música, todo este poema de cantos augurales respira a campo, a sombra de árbol, a la canción soñolienta del grillo, al perfume de las hierbas rústicas, a todo ese himno agreste de los crepúsculos, cuando pasa una niña que celebra el amor en la campana de su cuerpo.

Nunca en nuestro país había aparecido una obra que reuniera más luz; la naturaleza andaba en ella con su vestido multicolor hecho de redes de insectos, de plumas de pájaros, de voces que se aproximan al viejo molino que mueve su rueda herrumbrosa. Margarita cruza entre los hombres que la aman y la escuchan; es en realidad la Poesía que anda de viaje por este libro mágico de Juvencio Valle que dejó en toda mano su resonante, su sabia hechicería.

Juvencio Valle ha regresado hace poco de España y trae en su corazón el humo y el sollozo de la tragedia. Muy adentro de su espíritu se han roto quien sabe cuántos estambres, pero esa larga muerte habrá puesto en sus sentidos una nueva visión del mundo, un escalofrío que lo perseguirá a través de los años.

JULIO BARRENECHEA

La poesía de Barrenechea irrumpe de la tierra con la suavidad de una semilla o el impulso del retoño; canta a las niñas adolescentes, a las rosas, al amor, al campo florido y responde a su admirable estrofa que dice:

«Yo amo la vida de las cosas que apenas hieren en
(el mundo.
El sueño de los pequeños cristales. El pensamiento de
(las dalias.
El cuerpo débil de la brisa tiritando en la noche
(blanca
y la luz como un fruto azul cuando exprime su jugo el
(alba».

Sus versos reciben la emoción de un temperamento transparente que vaga entre los árboles en una avidez de perfume y de armoniosos matices que crean la estrofa meciéndola en un agradable y lento vaivén.

Barrenechea posee entre nuestros poetas la virtud del canto afable que está vestido de un fondo de melancolía que no daña el espíritu; su tristeza se evade del poeta en imágenes frescas que tienen humedad y color de selva. Su verso es espontáneo y en él se vacía su ternura como en una esponja sutil.

«Espejo del sueño», segunda obra de este poeta, lo ubicó en un destacado lugar entre nuestros líricos y pre-

cisó hondamente su personalidad en la que no podrían hallarse influencias que menoscabaran sus legítimos méritos.

Julio Barrenechea contempla la campiña y en ella percibe una vibración que le golpea el pecho y canta al otoño, al río, a la joven que duerme en la colina y que lo emociona en uno de sus más bellos poemas. En «Huerto norte», dice:

«Huerto jugoso y dulce al fondo de la casa.
Tierra donde ha estallado una bomba de flores.
Acuarela olorosa que el sol limpia y repasa.
Tu aire está salpicado con gotas de colores.

Dentro de cada fruta va amaneciendo lento.
El jugo llega al huerto por cañerías dulces.
El primero que muerde las frutas es el viento
Y las flores ascienden sus perfumadas luces.

En el aire se cruzan amorosas misivas.
Los claveles más jóvenes con las rosas más vivas.
La lágrima del lirio cae junto al papayo.
Al ser frutas serían papayos los canarios.

Yo acaricio los lirios como si fueran niños.
Como si fueran niñas voy besando a las rosas;
Como dejando senos libres de su corpiño
Parto las chirimoyas con manos amorosas.

Huerto donde las frutas se clavan las estrellas
Y el viento por mi frente como una mano pasa.
Trayendo cada noche mi corazón de cesta
Vengo a cortar canciones al fondo de la casa».

Este poema de fina y sugerente claridad define el arte de Barrenechea. Colorido, gracia, fluidez se sintetizan en él sin esfuerzo. Siempre su mano de poeta va en busca de la maravilla y la palpa enternecido. Agil, diáfano, recoge en sus ojos el destello del mundo y ya evoque la sombra del padre muerto, poeta como él, o mire el surtidor que se destrenza, sus versos nos dominan embriagándonos.

VICTORIANO VICARIO

El mar ha inspirado a varios de nuestros poetas como Salvador Reyes, Jacobo Danke y otros y su rumor tiene un eco sostenido en Victoriano Vicario que publicara después de los veinte años su obra inicial «El lamparero alucinado» que lo situó inmediatamente entre nuestros líricos jóvenes de más temperamento.

Vicario no ha conocido las vacilaciones del artista novel que a menudo se sorprende ante el miraje de la tierra; su verso capta en su densidad el recuerdo de archipiélagos resonantes, de viajes en los que se erige la aventura, de playas que murmuran como en la mitología. Y en todo esto prevalece un embrujo, el recuerdo

de tripulantes nórdicos, de balleneros errabundos, de toda esa gente heroica hermana de la ola y de la gaviota.

La aparición de este poeta renovó nuestro día espiritual, lo sentimos avanzar en plena sazón con sus estrofas ataviadas de luces, dándonos sus imágenes pródigamente en versos que están conmovidos por una corriente de irisado vuelo.

«El lamparero alucinado» se puede señalar como una de las obras de más significación entre las publicadas por nuestros poetas jóvenes; su clima especial pleno de símbolos y de sugerencias está animado por una fuerza anímica desbordante. Allí emerge Ulises de viaje y llamea la frente de Simbad el marino y vemos las anclas de los barcos y nuestros ojos avizoran la encantada lejanía oceánica. Pero el tema varía y no se hace monótono porque el artista sabe que el mar suspira en el amor y se agranda ante las perspectivas de países desconocidos, de mujeres que asoman el rostro más allá de las islas.

En «Sinfonía» poema inédito dice Vicario:

«Has conocido apenas el lugar donde el lirio
como paloma vuela eternamente.

Donde tu corazón de llama vive
y donde tu corazón de llama muere.

Tú tenías la llave de la rosa,
la llave de la rosa, amargamente

como en un lecho de oro sin delito
llorabas apenas por la muerte.

Sabías como todo se termina
y sin amor la vida no es celeste.
Y no es celeste el mar para los ojos
que arden sin fuego para siempre.
Qué casa sola es esta donde habita
la sombra añeja de los meses
donde la soledad es una túnica
roída por los sueños sin laureles.

Una linterna de oro iluminaba
territorios de músicas ausentes,
y en tí vibraba la amapola viva
que alimentaba un vino verde.
Antigua catedral, refugio puro
de luna perseguida por jinetes.
Tu corazón sin un sollozo canta
por la muerte del día, y por la muerte».

No tienen los versos de este poeta visibles influencias de lecturas: han nacido en este reino del sueño que es heredad de los artistas de indiscutible personalidad.

Victoriano Vicario publicará pronto su segundo libro «Soledad en descenso» y renovará la fiesta que inaugurara con «El lamparero alucinado» de inolvidable memoria.

NICANOR PARRA

Nuestra poesía, que puede enorgullecerse de su riqueza lírica, consigue una nueva vibración con el advenimiento de Nicanor Parra, joven dotado de un temperamento de fulgurante signo.

Su libro «Cancionero sin nombre», aparecido en 1938, revela desde sus primeras estrofas al ferviente peregrino del canto; ingenuo, suave, lastimado por una gracia interna, juega con el amor y danza con él moviendo pulseras y ajorcas doradas. Es un trovador con mucho del antiguo lustre melodioso.

La primera obra de Parra, peldaño de su ascensión rápida, se ha visto superada por poemas de más profundidad como su bellísima «Épopeya de Chillán» en la que el poeta, nacido en esa tierra la acompaña en su tragedia de enero último en versos de espléndida inspiración. La emoción lo conduce y alza en su remolino.

«Que se levante el raudo viento azul del otoño
que aquí no pasa nada que puramente todo.

Chillán, Chillán existe como una rosa blanca
sobre mi corazón húmedo y sin palabras.

Chillán, como una alta viña de nomeolvides
eternamente pura sobre mi alma existe.

Que se levante el agua como un cisne furioso
que aquí no pasa nada que solamente todo.

En la empinada torre de la montaña canta
como un pájaro suelto la nieve y la mañana.

Chillán, igual que un toro con su clavel al cuello
corriendo como un río como sangre lo siento.

Su caracol de plata retumba en mis oídos
y en mis ojos de sombra se establece el rocío.

Chillán no está vencido, Chillán laurel alzado
como en el verde campo los gentiles caballos.

Que se levante el trueno vivo de los tambores
y el hortelano alegre que se levante entonces.

Chillán en cada gancho de cada lirio vibra
como la espada abierta de la noche sombría.

Que la naranja surja de su capullo de oro
que aquí no pasa nada que eternamente todo.

Levántese el anillo de nuestra mano y sea
levantado el brillante animal de la tierra.

Chillán igual que un trébol o como un mar se extiende
correcta de luceros su inmaculada frente.

Aun te veo luna y aun turbio diamante
derramándote sobre la ciudad como un sauce.

Y así como te veo marfil azul volando
así te tiene preso mi pecho de corsario.

Que se levante pido la piedra como un ángel
y la sin par abeja pido que se levante.

Chillán, Chillán el pueblo de la noche serena
dilatada y sencilla como una floresta.

En tus jardines como cansados ruiseñores
están tus estudiantes estudiando tus flores.

Chillán, abril celeste y otra cosa celeste
voy a pasar la vida recordándote siempre.

De ti nació la fina raigambre de la hoja
y el hocico sangriento de la ruda paloma.

Que se levante entonces como una bestia el día
que aquí todo una llama que aquí nada ceniza.

que se levante el fuego como un caballo de oro
Que aquí no pasa nada que puramente todo».

Nicanor Parra tiene concluidas sus obras «Simbad el marino» y «Dos años de melancolía» que ahondarán su personalidad de primera magnitud.

Al disertar sucintamente alrededor de cinco poetas notables de mi patria señalo una etapa de nuestra lírica sin olvidar que existen otros valores que merecen un prolijo estudio como Francisco Santana, Alberto Baeza Flores, Oscar Castro y Omar Cerda que han realizado una labor de claro y firme relieve.